CONGREGAZIONE DELLA MISSIONE
CURIA GENERALIZIA

Via dei Capasso, 30 – 00164 ROMA
Tel: +39 06 661 30 61 – Fax: +39 06 661 30 661 – Email: segreteria@cmcuria.org

SUPERIOR GENERAL

Roma, Adviento 2026

UN CORAZÓN LIBRE PARA ACOGER

Queridos miembros de la Familia vicenciana,

¡Que el Señor Jesús, fuente de libertad, que ilumina los espíritus y trae la paz a los corazones, esté siempre con nosotros!

El año pasado les invitaba a vivir un Adviento con «*los ojos abiertos*» para vivir la mística de la caridad y reconocer al Señor que se manifiesta en el rostro de los pobres.

Este año quisiera invitarles a profundizar en su reflexión. Nuestros ojos pueden estar abiertos, pero nuestro corazón puede permanecer cerrado. Podemos ver a los pobres y ser incapaces de ir hacia ellos, porque algo en nuestro interior nos retiene: un temor, una vergüenza, un apego, una imagen de nosotros mismos que queremos preservar. Por eso les propongo vivir este Adviento como un camino de libertad interior.

Nuestro viaje comienza en Gannes, en las tierras de la señora de Gondi, donde, en enero de 1617, Vicente de Paúl fue llamado a confesar a un hombre anciano y gravemente enfermo. Este hombre era estimado por todos como aquel «*que tenía fama de ser el mejor individuo o al menos uno de los mejores de su aldea*», y sin embargo, dice Vicente, «*estaba cargado de pecados, que nunca se había atrevido a manifestar en la confesión*». Después de la confesión general, el campesino dijo en alta voz ante la señora de Gondi: «*Señora, yo estaba condenado, si no hubiera hecho una confesión general, por culpa de unos pecados muy grandes que nunca me había atrevido a confesar*» (Sígueme, XI/3, Conferencia 103, pág 326; IX/1, Conferencia 9, pág. 72).

La señora queda conmocionada: *«¡Ah, padre Vicente, cuantas almas se pierden! ¿Qué remedio podemos poner?»* La respuesta llega el 25 de enero, fiesta de la conversión de san Pablo. Vicente predica en Folleville sobre la confesión general, y «*todas aquellas gentes se vieron tan tocadas de Dios que acudieron a hacer su confesión general…*». Y Vicente concluye: «*Aquel fue el primer sermón de la Misión*» (Sígueme, Tomo XI/4, Fragmento 147, pág 700).

Las Hijas de la Caridad aprecian también este recuerdo. En la conferencia del 9 de marzo de 1642, el padre Portail recuerda a las Hermanas que preparar a los enfermos para una confesión general es algo «*muy importante, y que Dios daría su bendición a esta práctica*» (Sígueme, IX/1, Conferencia 9, pág. 72). Dios se sirvió precisamente de esto para dar nacimiento a la Misión.

¿Qué tenía cautivo al campesino de Gannes? Ni la pobreza ni la enfermedad, sino la vergüenza. San Vicente lo afirma claramente: «*La vergüenza impide a muchas de esas buenas gentes campesinas confesarse con sus párrocos de todos sus pecados*» (Sígueme, Tomo XI/4, Fragmento 147, pág 698). Durante años, este

hombre había vivido con una imagen pública que defender y una verdad que ocultar. Era respetado, pero no libre.

Vicente describe a personas que, tras una confesión general, habrían querido contar a todo el mundo sus pecados y le costaba contenerlas: *«Tal es el efecto de la gracia, cuando llena un corazón*; *echa fuera de él todo lo que le es contrario»* (Sígueme, Tomo XI/4, Conferencia 147, pág. 698). No es la humillación: es la alegría de quien ya no tiene que fingir.

A las Hijas de la Caridad, Vicente les dice lo mismo en términos sencillos: *«No desacredita a una hermana el dar a conocer sus faltas. ¡Oh, no! Al contrario, cuando se desgarra y dice... entonces se ve que es el espíritu de Dios el que la hace hablar».* Y prevenía contra «*un espíritu de vanidad, de un espíritu diabólico, cuando, en vez de acusarse, se excusa uno*» (Sígueme, Tomo IX/1, Conferencia 48, págs. 507, conferencia del 5 de marzo de 1651).

Pero la vergüenza no es la única cadena. En su conferencia del 16 de mayo de 1659 sobre la indiferencia, Vicente se dirige a los misioneros y les habla de todos los lazos que nos esclavizan: las comodidades, los honores y la desdichada estima de uno mismo. Propone un examen muy concreto: «"¡*Ea, alma mía*!, *¿cuáles son tus afectos? ¿a qué estamos agarrados? ¿qué hay en nosotros que nos tenga cautivos? ¿gozamos de la libertad de los hijos de Dios o estamos atados a los bienes, a las comodidades, a los honores?"*» Y señala el objetivo de este examen: «*ponerse en libertad*» (Sígueme, Tomo XI/4, Conferencia 128, pág. 527).

En esa misma conferencia, Vicente evoca al conde de Rougemont, antiguo duelista convertido. Al examinar sus propios apegos, el conde se da cuenta de que su corazón está todavía ligado a su espada; se baja del caballo, la rompe contra una piedra y este gesto, «*rompiendo aquella cadena de hierro que lo tenía preso, le dio una libertad tan grande*» (Sígueme, Tomo XI/4, Conferencia 128, pág. 529) que no se apegará nunca más a nada.

Cada uno de nosotros lleva su «espada»: una carga a la que estamos ligados y que no nos atrevemos a nombrar. En la confesión podemos nombrarla sin temor, descubriendo así que la libertad interior no es un ideal reservado a unos pocos, sino la condición misma de la misión.

La libertad interior no es solamente el fruto de nuestros propios esfuerzos. Es el espacio que dejamos libre para que Jesús venga. Del mismo modo que no había sitio en la posada de Belén, nuestro corazón puede estar demasiado lleno para acoger al Señor. El Adviento nos invita a hacer espacio, y san Vicente nos asegura que no quedaremos vacíos: «…*cuando un corazón se vacía de sí mismo, Dios lo llena*» (Sígueme, Tomo XI/3, Conferencia 64, pág. 207).

Hay una imagen de san Vicente que me gustaría ofreceros para Navidad. El 15 de noviembre de 1656, mientras la Congregación de la Misión atravesaba un período difícil, dijo a los misioneros: «*¿Y no vemos también cómo el Padre eterno, al enviar a su Hijo a la tierra para que fuera la luz del mundo, no quiso sin embargo que apareciera más que como un niño pequeño, como uno de esos pobrecillos que vienen a pedir limosna a esta puerta?»* (Sígueme, Tomo XI/3, Conferencia 84, págs. 263). El Verbo se presenta como un niño expósito. Jesús, que viene, no llama con fuerza: es depositado a nuestra puerta, frágil, necesitado de ser protegido.

Detengámonos en esta imagen. En la época de san Vicente, los niños abandonados eran los últimos entre los últimos, niños sin nombre y sin familia, abandonados por la noche en el umbral de una iglesia o de una casa, confiados a la caridad de quienes los encontrasen, y muchos morían antes de ser socorridos. Ahora bien, es precisamente esta condición la que Vicente reconoce en el Hijo de Dios. El Verbo eterno no entra en el mundo como un señor, sino como aquel que no puede hacer nada solo y cuya vida depende de las manos que lo acogen.

Este es el corazón de la Encarnación. Dios no se contenta con acercarse a nosotros: se nos da. Confía su vida a una joven de Nazaret, a un carpintero, a pastores y a extranjeros. Se expone al rechazo, a la miseria del establo, a la huida a Egipto. El Dios todopoderoso elige necesitar de alguien.

Por eso san Vicente podía decir a sus discípulos, hablando de los niños abandonados: «*Dios nos ha sustituido en lugar de los que los han engendrado*» (Abelly, libro III, cap. XI, pág. 127). Quien se inclina sobre un niño abandonado, sobre cualquier pobre, se inclina sobre el Niño de Belén. Cada vez que un pobre es depositado a nuestra puerta, el misterio de la Encarnación se repite y Jesús continúa pidiéndonos ser acogido.

Acoger, sin embargo, no es un gesto que surge solo: se aprende. Este es el sentido más profundo de nuestras misiones populares: anunciar el Evangelio, liberar a las personas de lo que las mantiene prisioneras y formarlas para hacerse cercanas a los demás, porque solo una persona, una comunidad que ha encontrado al Dios que se ha hecho niño, puede acoger y servir a los más pequeños.

La misión popular permanece en el corazón de nuestro carisma y de nuestra espiritualidad. San Vicente la consideraba como la continuación misma de la obra de Cristo: «*...no hay en la Iglesia de Dios ninguna Compañía que tenga como lote a los pobres [...]. Nuestra vocación es, pues, una continuación de la suya*» (Sígueme, Tomo XI/3, Conferencia 118, págs. 387). Y añade: «*Caridad en la casa, caridad en el campo por medio de las misiones, caridad con los pobres*» (Sígueme, Tomo XI/3, Conferencia 82, pág. 255).

Ya en Folleville, la misión no era obra de uno solo. Una laica, la señora de Gondi, fue la inspiradora. Vicente predicaba y confesaba. Los jesuitas de Amiens acudieron en ayuda. Pocos meses después, en 1617, nació la primera Cofradía de la Caridad en Châtillon. Desde entonces, por donde pasaba la misión, nacía la Caridad: la Palabra anunciada se convertía en un servicio concreto a los pobres. La misión popular, desde sus orígenes, es una obra de familia.

Por eso les pido redescubrir y relanzar las misiones populares como Familia vicenciana, donde cada rama aporte su don. En varias regiones del mundo, esta experiencia ya está en curso y produce frutos de comunión y renovación en las comunidades que la acogen. Invito, pues, a los coordinadores de la Familia vicenciana en los diferentes países a organizar juntos una o varias misiones populares el próximo año.

Aliento muy especialmente a mis hermanos a insistir en la confesión general en las misiones populares. Es una característica esencial de nuestra misión desde sus comienzos y nos lleva de nuevo a las fuentes de nuestro carisma. En Gannes y en Folleville todo comenzó así, y san Vicente no cesaba de repetir: «*qué importante es la práctica de las confesiones generales*» (Sígueme, Tomo XI/4, Fragmento 147, pág. 699).

Hoy en día, muchos son los que llevan cargas que nunca se han atrevido a confiar a nadie, a semejanza del campesino de Gannes. Experimentan un profundo malestar espiritual, a menudo íntimamente ligado a las grandes heridas de nuestro mundo: la soledad, la precariedad, las familias rotas, la violencia, la pérdida de sentido. Por eso nuestros hermanos deben estar cuidadosamente preparados para escuchar sin prisa, acoger sin juzgar y acompañar con paciencia a quienes intentan levantarse. En nuestras misiones, que el confesionario se convierta en el lugar donde cada uno pueda descubrir que es amado y recuperar la libertad de los hijos de Dios.

Les propongo ahora algunas etapas, una para cada una de las semanas de Adviento. Pueden ser vividas a título personal, en comunidad o en el seno de los grupos de la Familia vicenciana.

1. **Primera semana: nombrar las cadenas**. Volvamos a las preguntas de san Vicente: «¿cuáles son nuestros apegos? ¿a qué estamos *aferrados?* ¿qué hay en nosotros que nos tenga cautivos?» En la

oración, pidamos, a la luz de Dios, reconocer nuestra *«espada»:* lo que nos encadena y nos impide ir hacia los demás.

2. **Segunda semana: dejarse reconciliar**. Preparémonos con esmero para el sacramento de la Reconciliación, tal vez mediante un examen de conciencia más profundo, con un espíritu de confesión general. Vayamos sin excusas ni máscaras, como el campesino de Gannes.
3. **Tercera semana: abrir la puerta al niño expósito abandonado**. El Verbo viene *«como un niño pequeño»* depositado a nuestra puerta. Preguntémonos quién está hoy depositado a la puerta de nuestras comunidades y de nuestras obras. Hagamos un gesto concreto de acogida hacia aquel o aquella a quien nadie busca. Como ramas de la Familia vicenciana, reunámonos para soñar juntos en una misión popular para el nuevo año.
4. **Cuarta semana: decir «Heme aquí».** Ante el pesebre, renovemos nuestra voluntad de dejarnos guiar a donde Dios desee, a imagen del Hijo que *«no está apegado a nada»*. Depositemos ante el pesebre nuestra *«espada»,* lo que hemos reconocido durante la primera semana; ese será nuestro regalo al Niño que nace: un corazón más libre.

Que este tiempo bendito de Adviento nos encuentre libres de corazón y reconciliados por la misericordia del Padre, capaces de acoger al Verbo hecho carne en el rostro de los pobres y de llevar, como Familia **vicenciana**, la Buena Noticia de la libertad a quienes esperan a nuestra puerta al Dios que se hace niño.

Les deseo un Adviento lleno de libertad y una feliz Navidad.

Su hermano en san Vicente,



Tomaž Mavrič, CM
Superior general